

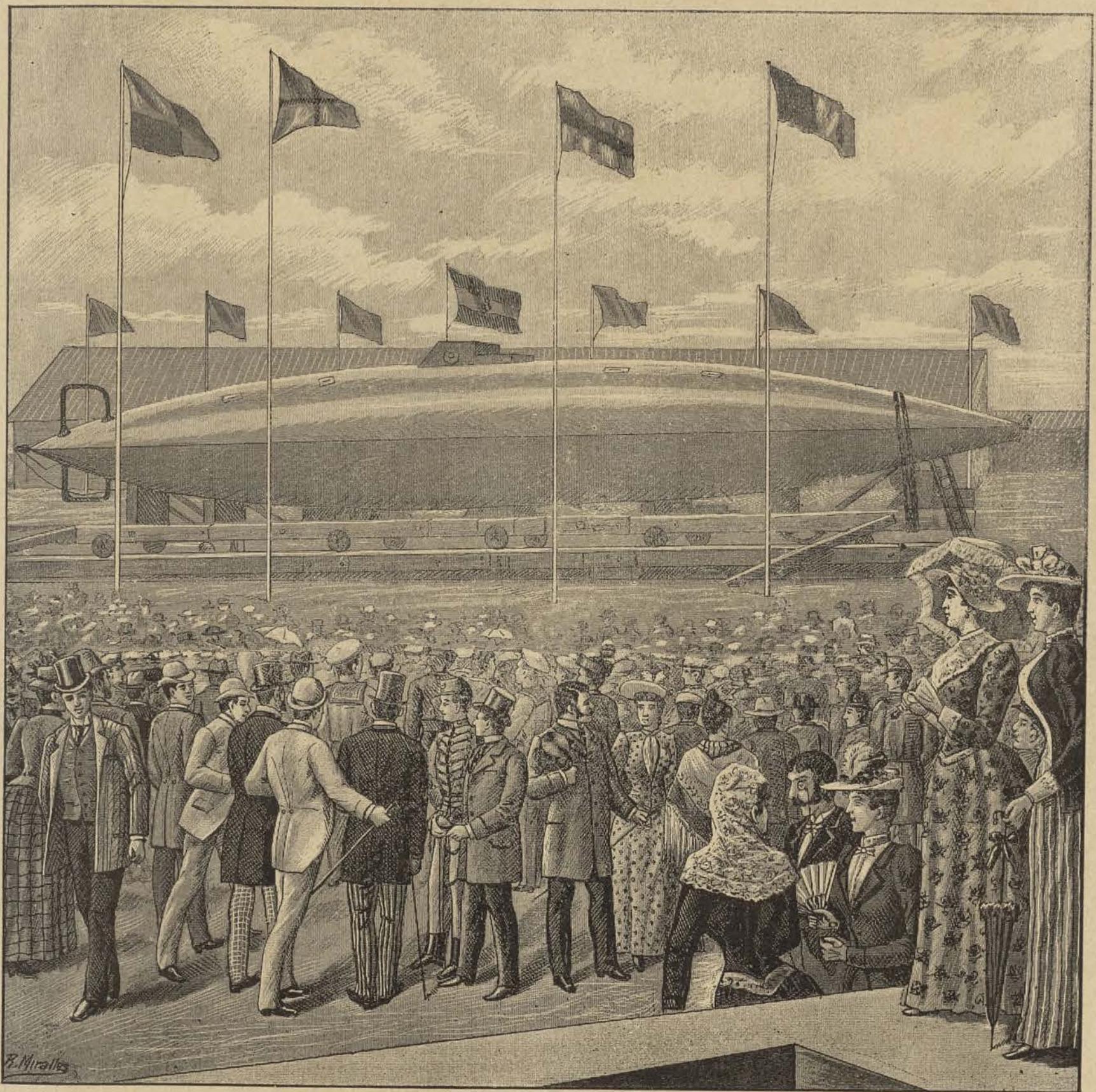
UNIVERSO ILUSTRADO

LITERATURA — CIENCIAS — ARTES

AÑO I

§ Barcelona 21 Junio de 1890 §

NÚM. 2



EL SUBMARINO PERAL EN EL ACTO DE BOTARLO AL AGUA

NUESTROS GRABADOS

El submarino Peral en el acto de botarlo al agua.

Por fortuna todas las pruebas que del *Peral* se han hecho oficialmente han tenido hasta ahora el éxito más satisfactorio; y esto hace esperar que las restantes pruebas definitivas que de un momento á otro se efectuarán, den el brillante resultado que todos los españoles deseamos ardientemente.

Puesto en práctica el invento del sabio Isaac Peral, es segurísimo que vamos á tener un auxiliar poderoso para hacer una verdadera revolución en el campo de las ciencias exactas ó naturales. Pues si el *Ictineo* Monturiol, en una de sus pruebas de inmersión, estuvo más de diez horas en el fondo del mar, gozando sus tripulantes de *todos los elementos necesarios á la vida*, de suponer es que el invento de Peral superará en mucho las condiciones de inmersión, y podrá por lo tanto dedicarse al estudio de las cuencas y profundidades de los mares, dando nuevos y numerosos datos á la geología, zoología, botánica, mineralogía, geografía y otras ciencias, á las cuales se abrirá de ese modo ancho campo de observaciones, teorías y aplicaciones.

He aquí porqué anhelamos fervientemente el triunfo del eminente marino español. Puede que sea una gran gloria para nuestra patria contar con el primero y más poderoso elemento de fuerza bélica en los mares; pero nunca esta gloria alcanzará los altos timbres que merezca el submarino por los beneficios que reporte á la ciencia y por tanto á la humanidad. ¡Quiera Dios que nuestros deseos se cumplan!

Stanley en su último regreso á Europa.

Mucho se ha dicho del explorador norteamericano sobre sus viajes por el interior del África, y poco añadiremos ahora acerca de su regreso á Europa y de su llegada á Londres, ni de sus gestiones con el gobierno inglés ó de sus negociaciones con el rey de los belgas para obtener una representación gubernamental en el Congo y otras regiones del continente africano. Pero cumple notar un acontecimiento en la vida del ilustre viajero, que tal vez imprima un nuevo impulso á su actividad y que diremos con una sola palabra: Stanley se casa.

No queremos hacernos eco de las anécdotas más ó menos interesantes que acerca de Stanley y su inteligentísima y bella futura se han publicado. Bástenos decir que este casamiento estaba convenido desde algunos años ha, y que no ha sido ahora poca parte en el regreso del sucesor de Livingstone á Europa, de donde parece que no saldrá sin la coyunda del matrimonio. Le deseamos interminable luna de miel.

El capitán Trivier y su malogrado compañero en su travesía del África.

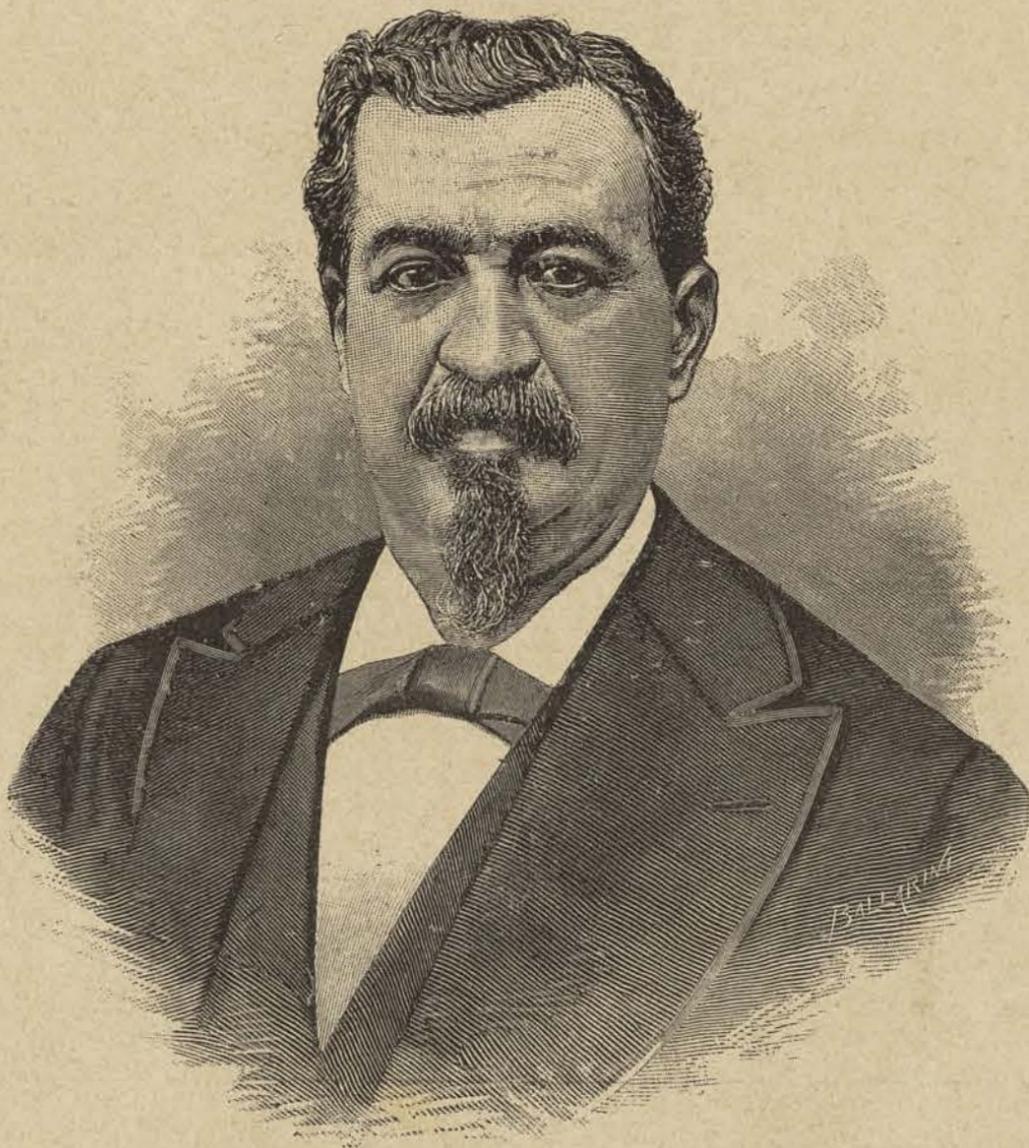
El capitán Trivier, nombre apenas conocido, y que, sin embargo, merece la admiración y cariño que inspiran todos los grandes hombres que se sacrifican en aras de la ciencia; Trivier, con menos aparato que Stanley, con una modestia muy digna de encomio, ha cruzado el continente africano en el espacio de diez meses, desde Egipto á Mozambique, y Stanley no pudo atravesar igual espacio en menos de tres años.

Este ha puesto en actividad centenares y hasta miles de hombres para secundarle en su empresa; Trivier, la ha efectuado sólo, por decirlo así, con un compañero, Mr. Emilio Weissemberger, que murió á los pocos meses, víctima de los rigores de aquel clima ardiente y venenoso, sin más guía que dos jóvenes del Sudán y la comitiva necesaria para llevar su modesto equipaje; Stanley llevaba infinidad de medios y elementos de toda especie; Trivier no contaba con otros recursos que los suministrados por el di-

rector propietario del periódico la *Gironde*, de Burdeos, Mr. Gustavo Gounouilhon, quien costeó de su peculio este asombroso viaje. ¡Gloria á Trivier! ¡Gloria al director de la *Gironde* y un tributo de recordación al malogrado Weissemberger!

Las carreras en el hipódromo de Barcelona.

Ya sea porque empezaron las carreras en el hipódromo de Barcelona algo entrado el tiempo caluroso, ya por efecto de las circunstancias sociales, ya por las noticias sanitarias, es lo cierto que el primer día, 15 de junio, estuvieron algo desanimadas. El segundo día ofrecieron todavía menos animación, pero fueron mucho más lucidas, y merece especial mención el brillante desfile de los jinetes y carruajes á la salida del hipódromo. Un gentío inmenso presenció el desfile de este día, lo mismo que del primero, en el trozo de la vía de Cortes que va desde Sans hasta el Paseo de Gracia.



D. MANUEL DUBLÓN, MINISTRO DE HACIENDA DE MÉJICO

Catedral de Colonia.

(Lám. 2.ª del Album del UNIVERSO ILUSTRADO).

La catedral de Colonia es uno de los edificios más grandiosos que el culto católico elevó durante la época moderna. Empezada en 1248, suspendiéronse sus trabajos, que no se reanudaron hasta 1842 para acabarse pocos años há. Su estilo, gótico puro, merece el aplauso y admiración de cuantos poseen el verdadero gusto arquitectónico; y el artista la celebra por su hermosura y grandiosidad estética, á la vez que á cuantos la contemplan asombra por su majestuosa elegancia y armoniosas proporciones.

Manuel Dublón, ministro de Hacienda, y Manuel Rubio, ministro de la Gobernación, de los Estados Unidos mejicanos.

En el próximo número daremos algunos datos biográficos de estos dos ministros de la República mejicana, así como del presidente D. Porfirio Díaz y de su bellísima esposa, cuyos retratos dimos en el número anterior, á la vez que hablaremos también de los demás personajes que completan hoy el gobierno de Méjico.

REVISTA GENERAL

La política europea atraviesa un período de oscuridad y vacilación; indudablemente fermenta en el interior de todos los Estados la semilla de nuevas, y todavía indefinibles actitudes; las alianzas recientemente formadas, sin haberse roto, empiezan á resentirse de la arbitrariedad de los fundamentos en que descansaban. El maridaje entre Rusia y Francia aparece más divorciable, y menos indiscutible la perpetuidad del divorcio entre Francia é Italia. La paz, y aun el triunfo de éstas ó aquéllas naciones, quizá dependen hoy totalmente de Rusia. La alianza de ésta con Alemania establecería un núcleo de resistencia y de acción, que con dificultad podrían contrabalancear las demás potencias; y la victoria de aquellas dos naciones militares por temperamento sería tanto más probable en cuanto

la Turquía que está más amenazada por Viena que por San Petersburgo, se inclinaria hacia el adversario menos dañino. La Italia y Francia tendrían en el Austria vacilante y debilitada un campo de batalla en el que la primera intentaría, y quizá conseguiría redondear sus fronteras y la segunda reconquistar su gloria militar y aprovecharse de un precioso botín; no le faltaría á la Francia sentimental uno de aquellos lemas, que en no lejanos tiempos convertían en centros de atracción sus banderas de combate. ¿Acaso la resurrección ó emancipación de la Hungría no sería un lema deslumbrador para una potencia democrática?

Nadie es capaz de asegurar, en el presente momento de la historia, si prevalecerá un criterio de acción correspondiente á esta combinación de cosas: creemos que el período que atravesamos es de aquellos en que los grandes estadistas obran más por instinto que por cálculo, porque la Providencia se reserva combinar las inmediatas perspectivas, que prepara en su taller secreto, alejado del alcance de las miradas más perspicaces. Las pasiones se hallan tan niveladas y los intereses tan complicados, que los políticos no conocen á punto fijo en que operación determinada está el negocio. Siempre que Dios ha querido sorprender á la humanidad

con hechos inesperados, ha permitido que las grandes inteligencias carecieran de norte para trazar rectos caminos y de sonda para conocer la profundidad y los escollos de los mares.

A simple vista la nave social marcha al acaso, y cualquiera de las varias corrientes que la impulsan en encontradas direcciones, puede determinar su definitivo rumbo, por poco que alcance superar los elementos de sus rivales.

Cuando la idea de una nueva civilización ó el sentimiento de una redención han sido los móviles de la política, informada por la caridad ó la justicia, entonces ha podido preverse el resultado de las gestiones de los estadistas ó de las operaciones de los ejércitos y aun calcularse el tiempo y los sacrificios exigidos para obtener el ideal propuesto; hoy nada puede preverse, porque en los Estados no priva ninguna idea ni ningún sentimiento fecundo, el ideal dominante es el interés de momento. Podemos afirmar que la filosofía de todos los gobernantes es el positivismo. El alma de los Estados ha

muerto. Nótese que decimos el alma de los Estados, no el alma del pueblo. Los pueblos son hoy más pensadores que sus gobernantes y demuestran en sus movimientos, aun muy confusos, que les alumbró la luz de una idea y les impulsa un sentimiento vigoroso; el día en que la idea filosófica y el sentimiento moral del pueblo reciban el bautismo regenerador del cristianismo, que los estadistas han desdeñado, la democracia cristiana dominará la política general y surgirá la faz más evangélica, que habrá aparecido en la historia, que el pueblo tiene concebida y no atina á practicar, porque la serpiente diplomática siembra enemistades entre los principios de progreso y bienestar y la institución única que posee su espíritu y puede comunicarlo. Pero estas consideraciones nos llevarían más allá de los límites de una reseña.

Aparentemente los políticos se hallan bajo la impresión de la grandiosidad del movimiento de las clases proletarias, y cada Estado funda sus cálculos sobre el grado de fuerza positiva que el proletariado ha exhibido. Un dato notable es preciso consignar. Las dos potencias más productoras del mundo, Inglaterra y los Estados Unidos, son las que menos sacudida han sentido en este temblor general; y no es, por cierto, que allí sean menos pobres ni más considerados los trabajadores; sobre todo en Inglaterra, el brazo del hombre es considerado como una palanca ó un manubrio material; y las condiciones en que viven dan testimonio del poco interés que consigue despertar su dignidad. No obstante, los Estados Unidos é Inglaterra han presenciado las procesiones del 1.º de mayo con un estoicismo que mataría el impulso de sus vigorosos organizadores, si en otros países no hubiera conseguido producir más profundas sensaciones.

Sin embargo, la atención que á los estadistas ha merecido el movimiento obrero es menos real de lo que á simple vista aparece.

El verdadero interés está en despejar incógnitas.

¿Qué piensa el emperador de Alemania? ¿tiene un plan combinado y meditado que sea realizable en la actual situación del mundo? ¿Apresurará los acontecimientos é iniciará el gran combate por uno de los golpes inesperados que le son característicos, afirmando ó hundiendo el imperio, por una política de arrebatos, dictada ó por una grande excitación nerviosa ó por una sabiduría rayana á la locura?

Italia ¿querrá estar mucho tiempo á merced del hombre que ha dicho en su reciente peregrinación á Königsberg, ciudad santa de los Hohenzollern: «Nosotros los Hohenzollern hemos recibido del cielo nuestra corona y sólo debemos rendir al cielo cuentas de nuestra conducta?» ¿Es viable por mucho tiempo la dependencia de Crispi, el más antirreligioso de los estadistas, á Guillermo II, el más piadoso de todos los emperadores?

Inglaterra ¿se resignará á perder su influencia en Egipto y quizá su imperio en las Indias permitiendo sin ruidosa protesta la formación de un núcleo de potencias incontrastable á las puertas del Oriente? ¿aplaudirá la unión de los imperios ella, cuyo poderío es esencialmente cismático y esencialmente divisor?

El Austria, ¿se resignará á dejarse disolver sin antes intentar una galvanización de sus históricas

energías y un ensayo de la reconquista de su perdida influencia en Europa?

El eje de toda combinación es Alemania. El emperador es el *alfa* objetivo de todos los cálculos; un día será el centro del movimiento europeo, hoy lo es de la quietud universal.

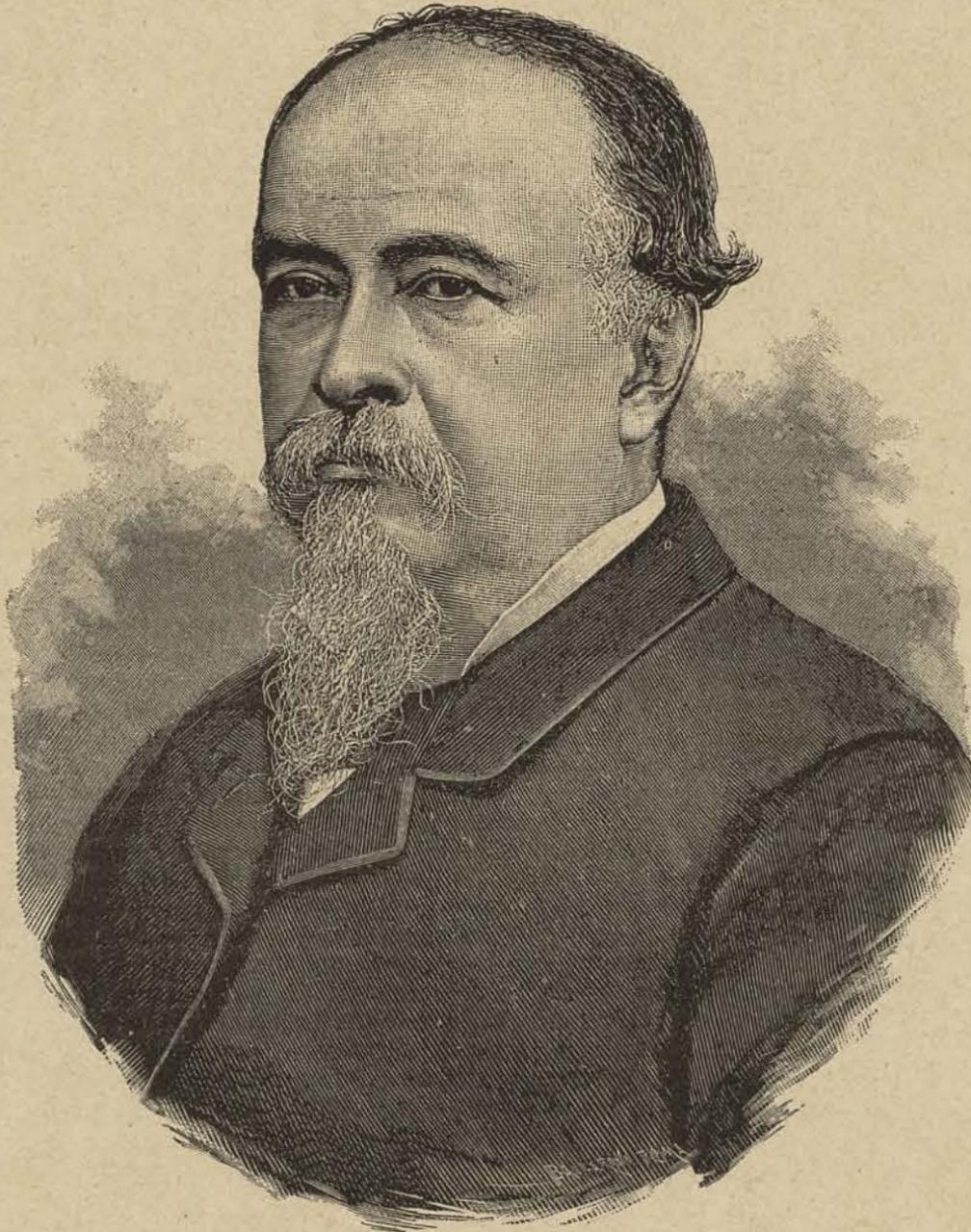
E. M.^a VILARRASA



LA JORNADA DE 8 HORAS

II

¿Qué solución representa la jornada de las ocho horas de trabajo que ha dado en pedir la gran mayoría de la clase obrera en Europa y América? Na-



D. MANUEL ROMERO RUBIO, MINISTRO DE GOBERNACIÓN DE MÉJICO

da, absolutamente nada que tenga visos de verdadera solución, como no sea agravar más aún la apurada situación del proletariado, en cuyo seno y entre cuyas distintas industrias, artes y oficios instituiría la más irritante injusticia.

Pues qué, ¿todos los oficios, artes é industrias son igualmente fatigosos y agostadores, para que el obrero haya de resistirlos por igual número de horas? ¿Necesitan todos igual descanso y dejan todos igual humor, para dedicar idéntico espacio á la instrucción, que es otro de los motivos que se alegan para justificar la petición de esa jornada antigualitaria? ¿Debe trabajar durante el mismo tiempo el operario que no gasta gran cantidad de fuerza física en su tarea y apenas tiene que aplicar su inteligencia en la misma, que el otro que se fatiga sin cesar, sudando copiosamente, gastando su actividad é inteligencia diez veces más que el primero, necesitando mayor descanso, más cantidad de alimentos sóli-

dos, y por lo tanto, más crecido salario? ¿Y podrá, éste que lo necesita más, cultivar igualmente su inteligencia robando horas á su descanso?

¿O se pretende, acaso, que todos los obreros, sea cual fuere su fatiga, el desgaste de sus fuerzas, si así vale decirlo, el desgaste de su inteligencia, perciban igual salario y trabajen igual número de horas? Esta misma igualdad sería la más antihumanitaria, la más inicua, la menos igualitaria que pudiera soñarse.

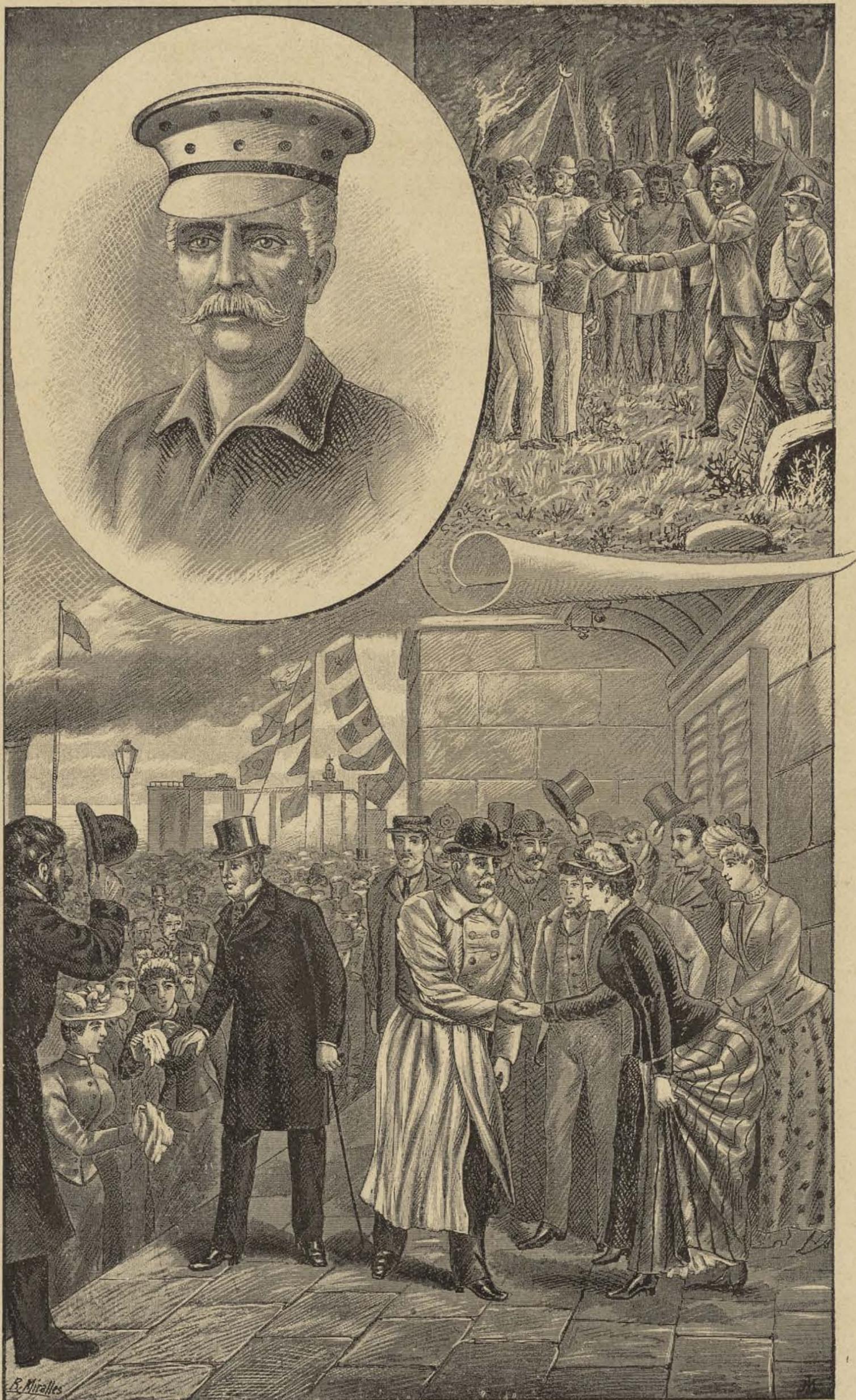
No es posible admitir en buena ley que el fundidor, por ejemplo, que vive en una atmósfera caldeada, lleno de peligros, expuesto á quemaduras y otros percances, sujeto á manejar pesadas herramientas y á emplear mucha fuerza, trabaje el mismo número de horas que el sastré, el tejedor y otros muchos obreros que en cierto modo llevan una vida sedentaria ó más descansada y hacen trabajar, quizás menos que aquel, la inteligencia, ó efectúan su tarea con mucha menor tensión de su espíritu.

Y menos que el fundidor, el forjador, el herrero, el cantero, el albañil y otros de penoso oficio, debiera trabajar el desgraciado minero, que no solamente desgasta su naturaleza con los fatigosos esfuerzos que el trabajo le exige, sino que además se agita en las profundidades de la tierra, rodeado de un medio ambiente mefítico ó asfixiante, sin aire suficiente para sus pulmones, sin luz para sus ojos, expuesto continuamente á las explosiones del gas grisú que tantas hecatombes horribles inscribe en los anales de la mortandad.

El metalario, á quién el polvo que el cobre y otros metales levantan, envenena día tras día y sin cesar su existencia, á quién los vapores de esos mismos metales, al fundirlos, infiltran en su sangre tósigos lentos y corrosivos que van arrebatando primero los colores de la salud, dándole un tinte pálido, cetrino, cadavérico, y acaban por cortarle la vida en edad temprana, ¿puede venir obligado á trabajar las mismas horas que el obrero descansado que sin riesgo alguno canta al compás de su tarea, y debe percibir un salario igual ó proporcionado al de los demás operarios? ¿Y el cerusero que respira las deletéreas emanaciones del albayalde, y muchos otros que están ocupados en industrias igualmente letales, en las que, con plena conciencia del peligro viven estimulados por el interés de una

pingüe ganancia ó sacrificándose en holocausto de su familia ó para mantener á sus ancianos padres, si vivir es anticiparse la muerte, á trueque de cumplir los santos deberes que el amor ó el sentimiento han impuesto, han de sujetarse á igual número de horas de trabajo para que mueran más pronto, como si aun no practicasen harto dolorosamente el popular proverbio «por la vida se pierde la vida?»

De consiguiente, bajo el concepto de la igualdad, de la justicia y de la razón no puede consignarse un número de horas determinado y fijo para todos los oficios, como tampoco podría consignarse para ciertas tareas más ó menos artísticas, más ó menos estéticas, que necesitan, sin duda alguna, poderosos esfuerzos de inteligencia á la vez que momentos de inspiración, los cuales, por la circunstancia de poner al hombre en una verdadera sobreexcitación nerviosa, producen después debilidades y extenuaciones que requieren convenientes reparos.

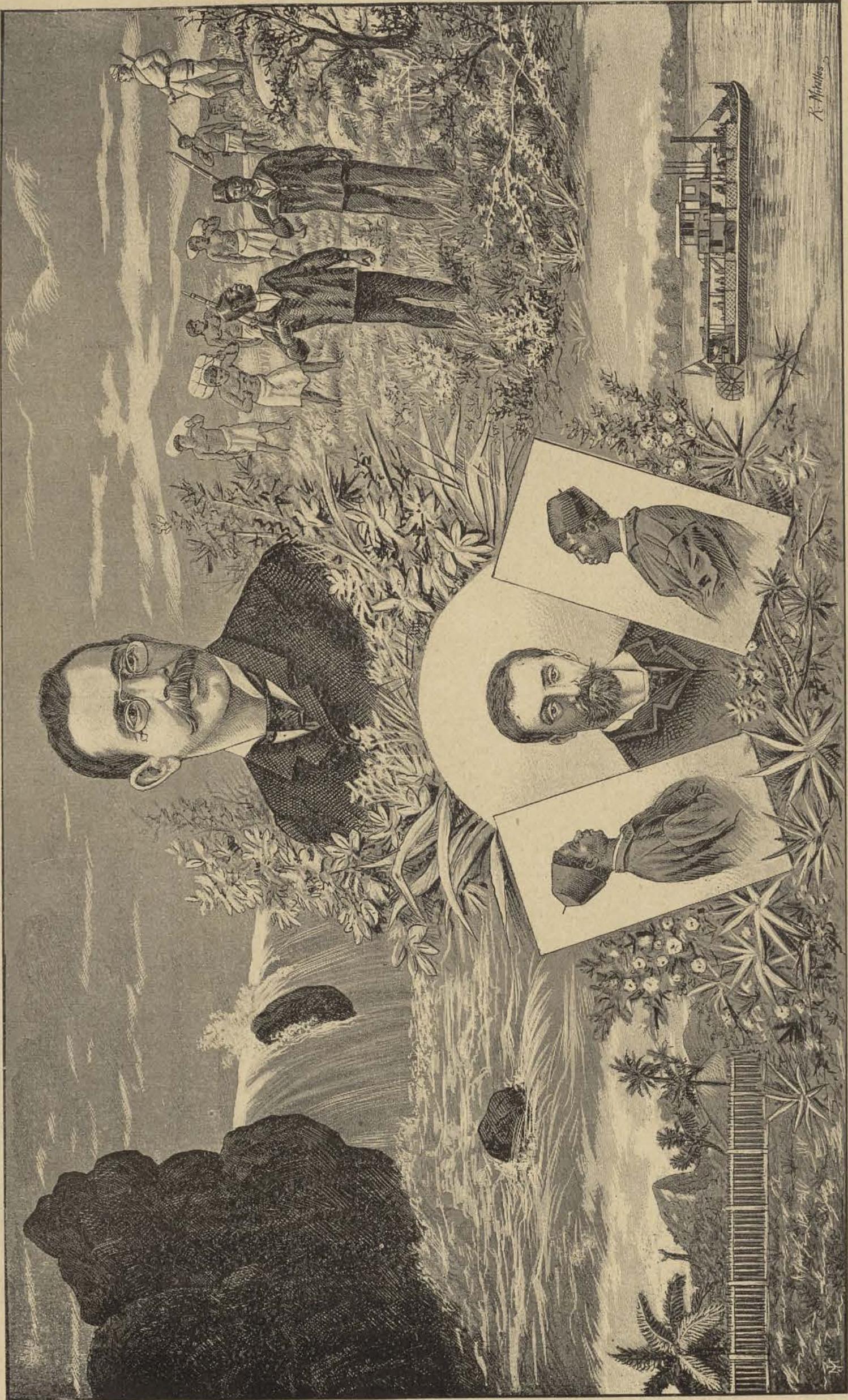


STANLEY EN SU ÚLTIMO REGRESO Á EUROPA



Imp. Lit. de F. Nacente.

CATEDRAL DE COLONIA.



EL CAPITAN TRIVIER Y SU MALOGRADO COMPAÑERO EN SU TRAVESIA DEL ÁFRICA

Sostener lo contrario sería conceder que el escribiente, cuya única tarea consiste en el trabajo manual de copiar, se cansa y agosta de igual manera y debe trabajar igual espacio de tiempo que el escritor ó el poeta, que, dominados por la fiebre de la inspiración y excitados por la vivacidad momentánea de todas las facultades de su inteligencia, trabajan con ardor calenturiento más ó menos horas, aniquilando sus fuerzas mentales, estropeando su cerebro y todo su sistema nervioso, y quedando, en fin, más anonadados que si hubiesen empleado doble tiempo en las mayores fatigas del sistema muscular.

Enhorabuena que se reglamente el trabajo señalando el máximo de horas que á cada oficio, arte ó industria corresponda; pero ténganse en cuenta siempre las necesidades de cada trabajo, el descanso racional que cada uno exige y el espacio que deja para el asueto ó para la instrucción.

¿No se ve claramente, como la luz del sol, que el número de horas y la conveniencia del capital y del trabajo estriban siempre en la mayor ó menor demanda de un producto determinado, en la importancia, moda ó fama que puede adquirir un producto en detrimento de otro? ¿Cómo, necesitándose más una cosa que otra, podrá el obrero avenirse á trabajar igual tiempo y por igual salario en una que en otra y el industrial hacer fabricar indistintamente cualquiera de las dos?

Y luego, ¿dónde estaría la ley de las compensaciones, aún dado caso que nada significase (si bien mucho significa) la ineludible ley de la demanda? ¿Se debe recompensar de igual manera, y se debe conceder igual descanso al que trabaja poco y ligeramente, que á los que trabajan mucho y de un modo abrumador? Entonces harían muy bien los obreros todos en escoger los oficios descansados, y abandonar aquellas faenas que, en virtud de esa injusticia, constituirían la verdadera desgracia de la vida obrera; y he aquí, como tendríamos en el proletariado dos castas imposibles: la de los obreros privilegiados, consagrados á trabajos señoriales, digámoslo así, y la casta de los infelices, condenados á las grandes fatigas, sin más descanso ni recompensa que la del obrero distinguido, cuya clase forzosamente iría en aumento cada día, al paso que la otra fuese menguando en número, y haciendo por ende más penosa y horrible la situación de los pocos que siguiesen perteneciendo á la casta de los condenados al infierno del trabajo penoso, porque realmente sufrirían un infierno en esta vida esos parias del trabajo. El rencor, el odio, la envidia de estos infelices contra las demás clases de la sociedad, no serían sus menores tormentos.

¿Pero, es razonable pensar siquiera en que la ley del trabajo puede subsistir sin el verdadero estímulo, el interés, que al fin y al cabo es el único móvil, el agente exclusivo que impulsa la actividad? Si todos los obreros hemos de trabajar igual número de horas, se significará que todos debemos percibir igual salario, porque todos lo necesitamos para vivir. Y esto sería tan absurdo, que no merece los honores de una refutación. ¿Mas, aun admitiendo que los salarios hayan de corresponder á las diferentes artes ó industrias, según su importancia y fatiga, se puede aceptar que para un mismo oficio haya de reinar igual remuneración?

No se nos diga que esto no se desprende de la petición de las ocho horas de jornada, porque esto se desprende obviamente, y si no se desprendiera, bien claro lo han patentizado las manifestaciones de primeros de mayo, cuando se ha reclamado la abolición de las tareas á destajo, exigiéndose que todos los operarios oficiales trabajen á salario igual.

Ahora bien, ¿deberían cobrar todos los oficiales de un taller, igual salario? ¿aquél que tenga por virtudes naturales la actividad y ansia por el trabajo, llevaría á su familia numerosa, honrada y buena, el mismo puñado de pesetas que cobraría el obrero haragán y vicioso, que ningún interés tuviese en proporcionar á su mujer é hijos las mayores comodidades posibles, que el soltero descuidado é indolente que por no tener familia ni tal vez hogar, emplease su salario en satisfacer su egoísmo y sus pasiones? ¿Qué desesperación mayor podría darse al obrero inteligente, activo y probo que el espectáculo de compañeros suyos que trabajando mucho

menos, tuviesen mayor participación en el llamado banquete de la vida! ¿Y qué desmoralización significaría el ver premiados la holganza y el vicio, y castigadas la honradez y laboriosidad!

Si con el sistema actual hay injusticias y aberraciones que no es posible corregir en absoluto, ¿qué resultaría erigiendo en sistema el error, la injusticia y la inmoralidad?

Desapareciendo el estímulo verdadero del trabajo, como desapareciera con la igualdad de la jornada ó la igualdad del salario, desaparecería el potente balancín que equilibra con sus movimientos la grandiosa máquina de la humanidad.

F. NACENTE



LA MUJER

SU PASADO, SU PRESENTE Y SU PORVENIR

II



NINGÚN pueblo, entre los pueblos de la antigüedad, ha distinguido como el de Egipto, ni ha despertado el interés y la curiosidad general que su grandiosidad, sus costumbres y su organización especialísima despiertan.

Aquella nación inmensa, disciplinada, misteriosa en su origen durante largo espacio de tiempo y hasta que profundos estudios y científicas observaciones han acusado su procedencia, fué en los siglos lejanos un emporio de artes, y tenía en su organización y en sus costumbres y en la conservación de éstas, tanto sociales como domésticas, un fondo admirable de sentido común y de justicia.

Obsérvase en sus leyes y en sus preceptos el respeto y el amor por todas las virtudes y el culto por los sentimientos naturales y generosos. Por otra parte, la teogonía egipcia, los principios religiosos arraigados en el pueblo, el temor de otra vida en donde se premia al bueno ó se castiga al malvado, ejercían saludable y poderoso influjo. Había algo de imponente y de solemne en las manifestaciones con los muertos y en el juicio de ultratumba á que se les sometía, uso singular en aquella nacionalidad extraña y sin compañera. De la prueba hecha por los testigos, del conocimiento exacto de la vida y hechos del difunto, dependía otorgársele digna sepultura ó manchar con eterno baldón su memoria.

Había también algo de sacrosanto en el cumplimiento de la ley, acatada por todos con escrupuloso empeño.

Su veneración por las artes y por las invenciones útiles, llevó al pueblo egipcio hasta el más alto grado de esplendor; él fué el fundador de las primeras bibliotecas y el perfeccionador de la astronomía, y él dió á sus vecinos los griegos, nociones teológicas y filosóficas desarrolladas más tarde por los sabios atenienses.

Las soberbias ruinas egipcias, son palmaria demostración del poderío y de la grandeza de aquella vasta y hermosísima región.

Necesariamente, en donde se rendía culto á las virtudes y á los más sublimes sentimientos del corazón humano, había de obtener preponderancia la mujer y gozar de los derechos que, como esposa y madre, están vedados en la India. La entrañable veneración por los dioses no era superior á la que alcanzaban las madres, y aquellos condenaban á perdurable oprobio al hijo ingrato con la que le había amamantado y protegido desde que viera la primera luz, hasta que á su vez creaba familia y se veía reproducido en sus pequeñuelos.

La mujer fué más feliz en Egipto y vióse más respetada y protegida, y si bien no podía salir del estado de subordinación, de vez en cuando conseguía contrarrestar la costumbre é iniciar la obra de su regeneración poniendo en relieve las grandes aptitudes femeninas.

La reina Itis fué una de aquellas que ejerció positivo, incontestable influjo en las ideas y en la marcha política de la nación egipcia; y aun anteriormente, vemos al sexo débil asociado con los pro-

fetas para glorificar á la divinidad y disfrutando honores, prerrogativas y la consideración general, sin que, como en la India, abrigase la mujer el temor de verse abandonada en caso de repudio ó de caer en el abismo del vicio, arrojada por la miseria.

El hombre al rechazarla, contraía la obligación de asegurar su porvenir.

Haciendo contraste con el aislamiento á que estaba reducida la mujer en la India, la vemos en los anales egipcios participando con el hombre de sus fiestas y de sus alegrías, vestida con esplendorosas galas y adornada con riquísimas joyas, que realzaban sus encantos. Ceñíase brazaletes á sus hermosos brazos, y lujosos cinturones á la esbelta y delgada cintura, y en su cabeza y en su cuello lucía costosas perlas en coronas y en collares.

El sexo fuerte era muy dado en Egipto á las dulzuras y voluptuosidades de la vida íntima, como generalmente sucede siempre en países ardientísimos, donde las casas con grandes jardines saturados de perfumes penetrantes y bañados por un sol de fuego, convidan á las misteriosas amantes confidencias y á las expansiones divinas de la familia.

Pero si en el hogar dominaba la mujer egipcia, mayor aun era el influjo que ejercía en la religión, pues en ella tenía culto y altares como diosa.

Menos felices que en Egipto é inmensamente más desgraciadas que en la India, preséntanos la historia á otras mujeres del Oriente en tal estado de envilecimiento moral, que indigna y entristece.

Encerrada en suntuoso ó pobre harén y sometida á las veleidades y caprichos de un tiránico dueño, veía pasar su inútil existencia entre la infamia y la amargura, entre el ocio y los odios y las rivalidades naturales en la poligamia.

¿Qué horrosas costumbres y qué terrible necesidad la de la esclavitud! Porque la libertad era para la mujer peor que las torturas del harén, y mayor desgracia que la de pertenecer á un hombre sin entrañas y sin corazón.

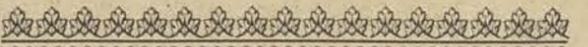
El eterno combatir, la ambición de conquistas y las victorias de los conquistadores, llenaban los harenes y aumentaban el número de víctimas, cuando éstas no eran vendidas sin miramiento á clases, y sin que el acerbo llanto ni la desesperación inspirasen piedad ni despertasen sentimientos tiernos ó generosos.

El pudor de la mujer sufría dolorosas pruebas, pues según consigna Herodoto, era obligatorio el que las mujeres en Caldea acudiesen al templo una vez al año y, como ofrenda á la diosa Milita, entregasen su cuerpo y sus caricias al hombre que arrojase en su falda un valioso objeto. Y sin embargo, y á pesar de estas costumbres bárbaras, castigábase con cruel severidad el adulterio. La mujer culpable de tal crimen era arrojada al río.

Pero como protesta de tantas miserias y de tan abyecta situación, surgió de los abismos de infamia en que se agitaba la mujer, la altiva figura de Semíramis, la gran reina fundadora de Babilonia, que paseó triunfante sus banderas por los pueblos medas, por las agrestes y enmarañadas soledades de Abisinia, por bosques nunca hollados, y por los campos de la India; que contempló, con ojos de guerrero hábil y experimentado, inmensos territorios, ambiciosa de su posesión; que con su clarísimo talento y con la fuerza de su inquebrantable voluntad, dió cima á empresas gigantescas, cambió la marcha de caudalosas corrientes para llevarlas sumisas hasta los palacios, obra suya también, y transformó en paraísos alegres y pintorescos las áridas cumbres y los empinados peñascales.

Semíramis, después Nitocris y más tarde la virtuosa Suziana Pantea, nos dan la medida de esa influencia de la mujer, nunca desmentida.

LA BARONESA DE WILSON



LA VIRGEN DE LAS ROSAS

(TRADICIÓN)

I

En apartada calleja de la invicta Zaragoza, la ciudad de los recuerdos

y de inmarcesibles glorias,
se veneraba la imagen
de la Virgen de las Rosas,
que las doncellas del barrio
cuidaban á todas horas,
llamándola en sus plegarias
su amadísima Patrona.

Vivía en aquella calle
una niña blanca, hermosa,
llamada la Pilarica
de los ojos de paloma;
hija de ilustre soldado
de las naves españolas,
que perdió un ojo en Lepanto,
que luchó con Barbarroja,
y cargado de laureles,
pero sin blanca en la bolsa,
trocó los rudos combates
por la calma bienhechora;
viendo pasar la existencia
sin afanes ni zozobras
al lado de aquella niña
que era su encanto y su gloria,
la alegría de su barrio,
la ilusión de Zaragoza.

II

Era una noche de mayo,
pero fría y borrascosa,
y el viento con rauda vuelo
barría las tiernas hojas
que del árbol desprendidas
formaban verdosa alfombra.

De la altiva Aljafería
regresaba presurosa
Pilar, llevando del brazo
á su padre, que se dobla
al peso de sus fatigas,
de los años y la gota.

De pronto entre la enramada
aparecen cuatro sombras
que la oscuridad y el sitio
en fantasmas las transforman,
y al decir el embozado
con voz altanera y ronca:
—¡Alto!.. Prended á la dama,
sobre la niña se arrojan
y llevándosela en brazos
como una tierna paloma,
derriban al pobre viejo
que en balde piedad implora.

III

Las campanas de San Pablo
saludaban á la aurora
y las tiernas avecillas
con sus melodiosas notas,
cuando Pilar, vuelta en sí,
se halla abandonada y sola
ante el portal de su casa,
do su padre dentro llora;
y con tembloroso paso,
muerta de pena y congoja,
á los brazos del anciano
se lanza como una loca,
y el padre su rostro besa,
ríe, la abraza y solloza,
articulando:—¡Quién fué,
el malvado que en mal hora,
te arrebató de mi lado
y nuestra ventura roba?

Y suspira la doncella
con voz débil, temblorosa:
—Fué el capitán de los tercios,
don Valentín de Quiroga.

—¡El! ¡Que los cielos le amparen!...
ven, espada vengadora,
que has brillado en cien combates
siempre con orgullo y gloria;
en la sangre de ese impío
lavarás al punto mi honra!...

Y á casa del capitán,
con faz airada, enojosa,
se dirige, llama, grita,
á su criado interroga,
el cual le dice:—Mi amo
salió ayer de Zaragoza
para Flandes; su regreso
por el presente se ignora...
¡Y el anciano sollozando
de su casa el rumbo toma!

IV

Pasaron meses y meses,
Pilar cual lirio que azota
el viento del infortunio
que su espíritu emponzoña,
y pareciendo un cadáver

que reclamase la fosa,
á la Virgen de su calle
así tristemente implora,
encendiéndole una lámpara
que á sus santos pies coloca:
—¡Madre de divina gracia,
de los cielos redentora,
que prestáis dicha y consuelo
al mortal á todas horas:
si regresa el capitán
dándome el nombre de esposa,
reconociendo á su hijo,
que al mundo vino en mal hora,
todos los días del año
juro adornaros de rosas
de los más bellos jardines
de mi amada Zaragoza!

Y anticipando la ofrenda,
deja el lecho con la aurora
cogiendo en hermosos huertos
frescas y fragantes rosas,
que adornan el altarico
de su celestial Patrona.

V

Desmayaba el claro día
y las huestes españolas
en la gran ciudad de Amberes
penetraban victoriosas,
siendo el orgullo de España
y la admiración de Europa.

En brazos de dos soldados
es conducido Quiroga,
con una herida en el pecho
que la existencia le acorta.

En un lecho miserable
con fatiga le colocan,
y viendo escapar su vida
en tierra extranjera, llora,
cierra los ojos y sueña
con visiones espantosas
que atenacean su pecho,
que su espíritu aprisionan,
y despertando asustado,
con voz febril, temblorosa
exclama:—¡Madre querida,
siempre pura y bondadosa;
si es cierto que por mis culpas
una mujer pena y llora
y vuestra divina imagen
con gayas flores adorna,
si me concedéis la vida,
como hoy nunca más hermosa,
juro reparar mi falta
al llegar á Zaragoza!...

Y vió entonces á la Virgen
en el fondo de su alcoba,
extendiéndole su manto
con sonrisa protectora.

VI

Era una noche; la luna
como mística corona,
en la corriente del Ebro
bañaba su faz hermosa;
Pilar al pie de la cuna
gime y canta, reza, implora
fijando los dulces ojos
en la Virgen de las Rosas,
y su padre en un sitial
recuerda pasadas glorias!

De pronto se abre la puerta
de la estancia silenciosa,
y un jefe apuesto y bizarro
de las armas españolas
exclama con firme acento,
con actitud respetuosa:
—Una noche por sorpresa
abusé de tu persona
y ante el portal de esta casa
te dejé olvidada y sola;
mas hoy, de ello arrepentido,
doy la vuelta á Zaragoza,
y al entregarte mi mano,
dándote el nombre de esposa,
el de hijo, daré á este niño;
de padre, al viejo que llora.

Pilar anegada en llanto,
ante la Virgen se postra
diciendo, de dicha llena:
—¡Oh! gracias! ¡gracias, Señora!
que han llegado á vuestro pecho
las plegarias de mi boca!
Y un apasionado abrazo
penas y rencores borra,
y lo que ayer fué desvelos
en alegría se torna.

VII

Pilar con su esposo habita
casa antigua y espaciosa
que en el dosel de la puerta
ostenta ducal corona,
y en prueba de gratitud
á su Virgen bondadosa
erige en su humilde casa,
triste, retirada y sola,
bella y modesta capilla
donde la imagen coloca
con sus amarillas velas
y sus flores olorosas,
que por tan noble milagro
cuidaban viejas y mozas
dándola el divino nombre,
de la Virgen de las Rosas.

F. GRAS Y ELIAS

ESTAFETA DEL ARTE

ANÉCDOTA CLÁSICA. — ANARQUÍA ARTÍSTICA

I

De aquel suntuoso teatro de Baco levantado
en Atenas por Pericles, salía al declinar de
la tarde la apiñada y numerosa concurren-
cia, emocionada aún por la comedia política
que allí se acababa de representar.

En la confusión que en el vestíbulo se producía al
desembocar, como corrientes que de apartadas ci-
mas se despeñan y en lo hondo del valle se juntan,
las masas de espectadores que de las graderías baja-
ban, dos hombres impelidos por oleajes opuestos,
tan de cerca se encontraron que pudo el más viejo
azotar el rostro al otro antes de desaparecer, son-
riendo con benévola aunque un tanto melancólica
sonrisa, con el ramo de rosas que en la diestra em-
puñaba.

Las tradiciones clásicas nos han conservado sus
nombres, bien gloriosos por cierto: Sócrates y Aris-
tófanes. El filósofo á quien la Pythia proclamara el
más sabio y más justo de los hombres, hirió el ros-
tro del poeta que le había ridiculizado en *Las Nu-
bes*, pero le hirió con un ramo de rosas.

Por mi parte pretendo deducir de esta anécdota
más ó menos comprobada, la enseñanza con que
terminan siempre sus apólogos todos los fabulistas.
Para mí la moralidad de mi cuento es como sigue:
nunca censurar grosera y atrabiliariamente en cuan-
tas críticas me vea obligado á emitir en esta sección.
El juicio sereno y desapasionado que no se deja
arrebatar por transportes de indignación y cólera,
corrige mejor que la diatriba amarga y enconada.

Yo siempre he opinado que á imitación del casti-
go que á su detractor infligió Sócrates, la crítica
más alta y razonada es aquella que hiere con ramo
de rosas, en que hay, á la par que agudas espinas
que punzan, suaves y aterciopelados pétalos que
embalsaman.

Y esta es la única advertencia que he creído de-
ber estampar aquí como proemio ó introducción á
los trabajos que, bajo el título de *Estafeta del Arte*,
remitiré periódicamente en lo sucesivo para El Uni-
verso que tanto me honra al confiarme la sección,
que hoy inauguro, y cuya índole y naturaleza que-
dan á mi sentir explicadas de sobra en el encabeza-
miento elegido.

El día 5 de mayo, fué la inauguración oficial de la
Exposición de Bellas Artes en el caserón que con ín-
fulas de Palacio levantóse en las cercanías del Hipó-
dromo, sobre un cerrillo tapizado de césped y con un
charco artificial sobre el que murmura, cayendo,
un surtidor, y cuarrean melancólicamente las ran-
nas; que no parece sino que el agua y los batracios
se mofan y zumban de la ridícula presunción del
miserable y desmantelado palazuelo.

(Continuará)

R. BLANCO ASENJO

Madrid 15 de mayo de 1890.

EDITOR PROPIETARIO, F. NACENTE.

REDACCION, ADMINISTRACION Y DIRECCION: Calle del Bruch, 89 y 91,
donde deberán dirigirse todos los avisos y pedidos de suscripciones.

Quedan reservados los derechos de propiedad literaria y artística.

Establecimiento tipo-litográfico editorial de F. Nacente.



LAS CARRERAS EN EL HIPÓDROMO DE BARCELONA